

**ALA SUR**

—Hola, soy yo —dice la mujer—, ¿dormías?

—Sí, no —dice y pone el teléfono bajo las sábanas—, no importa.

—Cómo estás.

—Bien —dice mientras trata de tranquilizarse un poco; la campanilla del teléfono lo había despertado en medio de una pesadilla que le había dejado el cuerpo bañado en transpiración.

—Bien —repite—. Me dieron un laboratorio nuevo; hoy me tengo que mudar.

—¿Otro más?

—Sí, otro más. ¿Y los chicos?

—Se divierten, acá es primavera.

No sabe que decir. Entre la pesadilla y la voz de su mujer que lo había golpeado en el estómago, le costaba reponerse.

Se enrolla alrededor del teléfono.

—¿Cómo son tus noches? —pregunta.

—Camino, aquí se puede caminar a la noche.

El motor del ascensor hace vibrar el departamento. Últimamente el ruido del ascensor no lo deja dormir. Aprendió a distinguir cuando sube y cuando baja. Ahora sube, no puede evitar la inquietud.

—¿Te cuidás? —dice ella.

—Sí, no te preocupes —contesta sin dejar de prestar atención al ascensor que se detiene en algún piso bastante más abajo.

Vuelven a quedar en silencio hasta que ella le dice que tienen que cortar.

Apoya el tubo sobre la horquilla con suavidad. Pasan algunos

minutos antes de que saque el teléfono de abajo de la sábana y lo reponga sobre la mesa de luz.

Hace tiempo que duerme en el lugar de ella, está menos hundido. Pero ya no podrá seguir durmiendo. Se estira y busca en la otra mesa de luz, en una pila de libros, revistas y carpetas, algo para leer. Elige un informe científico. Se le había mandado un amigo que se había ido hace muchos años. Lo hojea un poco. No es su tema, no entiende nada y no tiene ganas de hacer esfuerzos para comprender. A lo lejos suenan sirenas. Las escucha un momento y después decide levantarse.

Va a la cocina y prepara el desayuno. Lo toma de pie, despacio, mirando los azulejos de la pared.

Ella lo había llamado. Cuando consigue acostumbrarse a la rutina ella lo llama por teléfono y todo se vuelve a desmoronar.

Le costará varios días recomponerse.

Lava la vajilla y vuelve al dormitorio. Se tira en la cama. Garabatea en un pedazo de papel hasta que se hace la hora, sale y toma el ómnibus.

La mayor parte de los asientos están libres. Elige uno del lado de la ventanilla. Siempre aprovechó esa hora de viaje para revisar los papeles y organizar el trabajo pero ahora no tiene ganas. El decanato había autorizado la habilitación del Ala Norte del pabellón nuevo y al Director se le había ocurrido asignarle un laboratorio ahí. En otra época lo hubiera excitado la idea de estrenar un laboratorio. Instalar los equipos en un lugar limpio, que todavía olía a pintura, dejar todo prolijo y ordenado. Ahora no tiene ningún interés, las novedades en el trabajo le resultan perturbaciones desagradables.

Las ráfagas de viento sacuden la carrocería, el ómnibus debió de entrar en el puerto. La ventanilla empañada no lo deja ver. Pasa la mano por el vidrio y después no sabe que hacer con la mano mojada. No le queda más remedio que frotarla contra el

sobretudo.

El río está movido y llovizna. Recuerda que para llegar al pabellón nuevo había que cruzar una manzana de tierra apisonada; se va a mojar y va a embarrar los zapatos.

Él había estado en el pabellón cuando terminaron de construirlo, hace como cinco años. En aquella época se había impresionado por el tamaño. Recuerda al funcionario, un tipo rígido y orgulloso, que los había guiado por el laberinto de pasillos y de salas que se sucedían unas a las otras haciendo que pareciera imposible llegar a orientarse alguna vez. Sin embargo todo era muy moderno y funcional y él, y todos los demás, se habían interesado con la posibilidad de ocupar los nuevos laboratorios.

Sigue por la ventanilla el vuelo de una paloma que describe una parábola perfecta que termina cuando se estrella contra un poste de alumbrado. La paloma cae como una piedra. Le dan escalofríos, se remueve dentro del sobretudo y cierra los ojos.

Debe haberse quedado dormido porque ya está llegando. Baja y camina entre los autos dispersos en la playa de estacionamiento. La llovizna no paró. Hay un grupo de hombres en un extremo de la explanada pero no lo miran, les llama la atención algo detrás de edificio que él no alcanza a ver. Corre para no mojarse, sube las escaleras y entra. A lo lejos se oyen corridas, voces de mando, gritos. Un hombre lo detiene, le pide que se identifique. El hombre le devuelve los documentos y le dice que el Director lo espera.

En la oficina del Director la calefacción es sofocante.

—Prepáreme un proyecto de investigación y hágame un lindo informe —dice el Director—. Sé que usted los hace bien. Muchas hojas, bien gordito. Yo se lo voy a aprobar.

—¿Qué clase de proyecto?

—¡Caramba! Usted tiene experiencia, seguro que tiene alguna

idea interesante. Desarróllela, dele buen aspecto.

—¿Ya salió el presupuesto?

—Todavía no. Lo que sí, puede disponer del material del Ala Sur. Allí los laboratorios quedaron vacíos. Estoy seguro de que encontrará mucho material reutilizable.

—¿Y la gente?

—Mala gente. Además sin presupuesto no tiene sentido tenerlos.

El Director sigue hablando pero él no escucha. Alberto trabajaba en el Ala Sur. Qué habrá sido de Alberto. Hace mucho que no lo ve. Desde bastante antes de que se mudara al otro pabellón, cuando habían puesto por todas partes los carteles que decían: "SE PROHIBE DEAMBULAR".

El director le extiende una tarjeta:

—Sírvese el "pase", lo necesitará para mudar las cosas —y agrega con orgullo—. Conseguí que se lo autoricen en forma permanente.

Cuando deja la oficina del Director se cruza con una fila silenciosa de hombres de guardapolvo blanco que caminan con lentitud, no sabe por qué pero le recuerdan los monjes de un monasterio.

Sale del edificio. La tierra apisonada, como había imaginado, convertida en un barrial por la lluvia le ensucia los zapatos.

Ya hizo la mitad del camino cuando lo detienen unos hombres con capa impermeable. A pesar de que ahora tiene el "pase" le hacen las preguntas de siempre sin preocuparse por la lluvia que lo moja. Responde con paciencia hasta que lo dejan seguir caminando hacia el enorme pabellón.

Sube las escaleras monumentales y se detiene un momento. A lo lejos se oye un disparo. Instintivamente se encoge un poco pero se repone enseguida y empuja la puerta de vidrio. Cuando entra se siente cohibido. Las instalaciones son más grandes y

más modernas de lo que recordaba. A un lado hay un hombre de guardapolvo que lee el diario sentado en una silla. Encima del hombre cuelga un cartel que dice: "TRATEMONOS CON CORTESIA". El ambiente le había resultado tan desmesurado que le cuesta hablar.

—¿Usted es el ordenanza? —dice en voz baja.

—Sí señor —contesta el hombre que deja el diario y lo mira con una sonrisa esperanzada—. No me diga que por fin empiezan a llegar, usted es un científico.

—Sí.

—Ya me parecía. Estoy harto de estar solo. Y con esos tipos que vienen cada tanto no se puede hablar. Y eso que a veces me piden que les haga las jugadas de Prode. ¿Le gusta el fútbol?

—¿El fútbol? Mire, me dijeron que mi laboratorio es el AN-4.

—Yo lo llevo, venga —dice el hombre y sale caminando con rapidez—. El AN-4 es uno de los grandes, tuvo suerte ¿así que va a empezar a trabajar? ya son como dos años que estoy cuidando el Ala Norte, siempre solo, no puedo comentar los partidos, a usted le debe gustar, a quién no le gusta el fútbol, si a usted no le molesta podemos apostar a ver quién gana, ¿o prefiere jugar al Prode? yo siempre juego, sólo tiene que darme el dinero y me encargo, o podemos jugar a medias y repartir las ganancias, AN-4, aquí es, ¿qué le parece?

Mientras el ordenanza abre la puerta con una llave ve, a través de la pared de vidrio que da al pasillo, el laboratorio que debe medir más de diez metros de frente y al menos otro tanto de fondo. En una de las paredes hay varias puertas que deben dar a oficinas o depósitos. A otra de las paredes se adhieren mesadas de trabajo con piletas y conexiones para agua, gas y electricidad. Todo está impecable. Y vacío.

—Demasiado grande, una exageración.

—Discúlpeme si estoy en desacuerdo, pero se equivoca —dice el ordenanza—. Agarre lo que pueda, yo sé lo que le digo, hace veinte años que trabajo en la universidad —se detiene un momento y agrega—. Tendría que sacarse el sobretodo, está todo mojado.

—Sí, tiene razón —responde, y piensa que para los zapatos embarrados y húmedos no hay solución.

Mientras cuelga el sobretodo en el perchero dice:

—Estoy autorizado a retirar material de los laboratorios del Ala Sur.

—Muy bien —dice el ordenanza—, yo lo llevo, aquí cualquiera se puede perder por los pasillos, además tengo la llave para abrir las puertas.

—No se moleste, si usted me indica yo puedo llegar solo.

—No debe ir solo, vamos.

Los laboratorios del Ala Sur están cerrados y en las puertas cuelgan cartelitos con los nombres de los antiguos ocupantes. El ordenanza se detiene ante uno de los laboratorios y saca una llave, se la muestra y le hace un guiño.

—A ésta no hay puerta que se le resista —dice—. Vamos a ver que encontramos acá —pone la llave en la cerradura y abre—; vaya revisando mientras yo voy a buscar un carrito.

El ordenanza se va y él mira el cartel de la puerta: el nombre no le dice nada. Se pasea un poco incómodo por el laboratorio. Le da una vaga sensación de estar en casa ajena. Después piensa que son tonterías y que no es la primera vez que arma un laboratorio con lo que saca de otros. Mejor comenzar. Selecciona cosas y las apila sobre una mesa. Poco a poco va entusiasmándose. Está completamente abstraído con el trabajo cuando el ordenanza lo sobresalta:

—¿Qué le parece? —dice con orgullo de propietario—: Un golazo ¿no?, hay de todo.

Aunque le moleste reconocérselo a sí mismo, él está de acuerdo y mientras prepara las cosas el ordenanza hace los transportes.

El Ala Sur resultó una mina de oro. Hay toda clase de aparatos y los pañoles están repletos de frascos con productos químicos. Se siente como un chico al que hubieran dejado sacar todo lo que quiera de una juguetería.

Van pasando de un laboratorio a otro hasta que llegan a una puerta con un cartelito que dice "Alberto Arturi". Mientras el hombre abre, se vuelve a preguntar dónde estará Alberto ahora.

—No saque nada de aquí—, le dice al ordenanza que ya lo espera adentro.

Se oyen más disparos a lo lejos y los dos se distraen un momento. Cuando reacciona el ordenanza dice:

—Lo que usted no saque lo va a sacar otro: es una lástima.

—No importa, ya es suficiente. Yo me quedo un momento acá. Lleve lo que tiene y venga a buscarme.

El ordenanza se aleja rezongando y él se queda dentro del laboratorio.

Lo recorre con la vista. Sobre una mesa hay una complicada estructura de cristal; tubos de distintas formas y tamaños que entran unos dentro de otros. Ya no recuerda en qué trabajaba Alberto o para qué podía necesitar esos tubos. Todo brilla como si lo hubieran acabado de limpiar, como si nunca se hubiera usado. Se acerca y pasa los dedos suavemente por el cristal. Una parte de la estructura se desprende y se hace pedazos contra el suelo. Retrocede sobresaltado. Se recupera un poco, sale de la habitación y cierra la puerta con delicadeza. Está molesto, no debió haber tocado nada. Camina hacia otra puerta y mira sin ver a través del vidrio.

—¡Contra la pared! —antes de que pueda reaccionar lo hacen girar y lo empujan con violencia. Son tres hombres. El que

parece llevar la voz cantante le pregunta en tono amenazador:

—Qué hace acá.

—Tengo un "pase" —dice—, vine a retirar material.

—Así que un "pase", vamos a verlo.

El hombre mira la cartulina con un detenimiento despectivo mientras los otros mantienen las caras sin expresión. Por fin, con un gesto premeditado, el hombre deja caer el "pase" al suelo y dice:

—¿No le dijeron que no debe andar solo?

—Sí, es cierto, me olvidé.

—No lo vuelva a hacer ¿está claro?

—Sí.

—Está bien, continúe —y dirigiéndose a sus acompañantes agrega—. ¡Vamos!

Los tres hombres se alejan por el pasillo.

Acaba de recoger el "pase" cuando ve aparecer al ordenanza.

Por fin llegan a su laboratorio. El ordenanza, de un salto, se sienta sobre una de las mesadas y balancea las piernas con satisfacción. Él inspecciona un poco las cosas que se apilan en medio del lugar y después va hacia su portafolios, lo abre y saca la reproducción del Paul Klee. En todos los lugares en que se instala la pega. Los bordes están rotos de tanto cambiar cintas adhesivas. Le pide al ordenanza que lo ayude y buscan entre las cosas. Pero no, no hay cinta adhesiva. Mañana tendrá que acordarse de traer.

—Me voy a comer —dice el ordenanza—. No se olvide que mañana juega el Prode, vaya viendo. ¿Usted no come?

—No, voy a pensar un rato.

—Entonces mejor que no salga, cualquier cosa que necesite espéreme.

—Tengo el "pase" —dice molesto.

—"El pase" —dice el ordenanza con desprecio. Lo mira

dubitativo y se va sin agregar nada más.

Se queda solo y se siente aliviado. Ahora deberá dedicarse al "informe".

El director no se equivocaba, él es capaz de hacer un informe atractivo. Es lo único que ha hecho desde que se recibió. Se sienta en el escritorio y trata de sentirse cómodo. Tendrá que imaginar algo.

Debe haber pasado una hora cuando reaparece el ordenanza y le pregunta si ya tiene la jugada de Prode.

—Mire, hay veces que necesito concentrarme, sabe, no se vaya a ofender.

—Pero no, pero no, lo que pasa es que hoy el Prode cierra temprano.

—Mala suerte. Lo que sí, ¿me puede ayudar a ver si encontramos una máquina de escribir?

Pasan un largo rato revolviendo las cosas pero no hay ninguna máquina de escribir.

—Debe haber en secretaría —dice el ordenanza.

—No importa, deje, hago el borrador a mano.

—Yo se la traigo, no me cuesta nada.

—Dije que no.

El ordenanza lo mira con dureza:

—Me parece que usted no entiende cómo viene la mano, es una lástima.

Trata de volver a concentrarse en el informe pero le resulta muy difícil. Allá es primavera, había dicho ella. Él siempre había podido oler la primavera. Olerla y sentirla con todo el cuerpo. "El llamado de la especie", decía su mujer. Sonríe: le pesa el celibato más que nunca pero hizo bien cuando la mandó lejos, aquí es demasiado peligroso. Mejor no pensar en ella. Hace un esfuerzo y consigue interesarse en el trabajo.

La tarde transcurre con lentitud. Escribe la segunda etapa del

proyecto y se pregunta si llegará alguna vez a trabajar en la segunda etapa. Está seguro que no. Continúa escribiendo un poco más y se pone de pie. Le duele la cintura. Estira el cuerpo y piensa que tendría que relajarse un poco. Dónde estará el ordenanza, a lo mejor le puede conseguir un café. Sale pensativo del laboratorio y casi sin darse cuenta camina por el edificio.

Los techos son muy altos. Las paredes de ladrillo a la vista están surcadas por cañerías rojas y amarillas que se cruzan y entrelazan hasta desaparecer en la oscuridad de arriba. A lo lejos se escucha una gritería y algunos disparos. Se detiene. El eco mezcla los sonidos formando una nota de órgano. Por un momento le parece estar en el interior de una catedral gótica. Vuelve a caminar un poco y se da cuenta de que por todas partes salen pasillos y que todos parecen iguales. Se perderá, le habían dicho que no podía caminar solo. Tiene que volver al laboratorio pero descubre con preocupación que no sabe por dónde ir. Elige una dirección cualquiera y camina tratando de encontrar algún lugar conocido.

Cuando entra en el Ala Sur comienza a sentir el peso del silencio. Se encoge de hombros y un momento después, sin saber cómo llegó, está frente a la puerta del laboratorio de Alberto. Trata de abrir pero la puerta está cerrada con llave. A través del vidrio ve, un poco torcida, la estructura de cristal. Mira el piso y busca los fragmentos que habían quedado desparramados. No están más. El piso brilla como si lo hubieran encerado. Retrocede un paso. Debe irse de ahí. Debe volver a su laboratorio. Mete la mano en el bolsillo y toca el "pase" que, sin embargo, no le da ninguna sensación de seguridad. Tiene que llamar al ordenanza. ¿Cómo se llamaba? Ni siquiera recuerda si le preguntó el nombre. Da media vuelta y se introduce por uno de los pasillos. Camina cada vez más

rápido. Sus pisadas hacen un ruido ensordecedor. Con un violento esfuerzo de voluntad se detiene. Trata de orientarse y de contener el jadeo. No oye nada más que el eco dejado por sus pasos. Es inútil, no tiene la menor idea de dónde está. El silencio se volvió a instalar y le resulta insoportable.

Aunque sabe que no debe hacerlo, corre. Corre con desesperación. Los pasillos son todos iguales. El aire le quema en la garganta. Cada vez que llega a un cruce patina y trastabilla pero no puede detenerse. Ya casi no tiene aliento cuando recibe el golpe en la espalda. El ruido del disparo llega un poco más tarde. Cae boca abajo y oye cómo el eco sigue repitiendo el sonido que se pierde con lentitud.

Hace mucho tiempo Alberto le había dicho que en el Duomo de Florencia el eco duraba un minuto y medio. A él siempre le había parecido una exageración.

El eco termina de apagarse.

---

Están prohibidos y penados por la ley la reproducción y la difusión total o parcial de esta obra en cualquier forma o medio mecánico, electrónico, inclusive por fotocopia, grabación magnética y cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el previo consentimiento escrito de los titulares de los derechos.